

LA SIMPLICIDAD BENEDICTINA¹

Al hojear los diarios de cualquier país nos damos cuenta inmediatamente de la complejidad del mundo en que vivimos. Al leer tantos títulos que señalan hechos trágicos, nos quedamos consternados porque sabemos que todos estos acontecimientos pueden influir sobre nosotros y sobre nuestras vidas. Hoy, la lejanía, las enormes distancias, tienen poca importancia. Lo que más nos golpea es que casi nunca seamos capaces de dirigir o de controlar los acontecimientos. Tenemos la impresión de ser víctimas de ellos. Incluso tampoco un monje puede considerarse al abrigo de tales influencias porque la vida social, política, intelectual, todo -en una palabra- influye sobre él y sobre su monasterio. Y él lo sabe.

Después de una lectura, aunque rápida, de los diarios, el estilo de vida descrito por san Benito en la Regla puede parecer al monje un paraíso o una utopía. Está tentado de decirse: “¡Ah! ¡Si la vida pudiese volver a encontrar hoy la misma simplicidad y la misma claridad!”.

Sin embargo, nos equivocamos si pensamos que la época de san Benito fue una era de tranquilidad y de paz. La historia nos enseña, al contrario, que fue un período de desórdenes y de confusiones sociales y políticas. San Benito fue consciente de la desastrosa situación política y social de su tiempo. Es verdad que la Regla no parece reflejar estas preocupaciones, ya que en efecto, quiso ser una suerte de antídoto contra un mundo enfermo y atormentado. San Benito no buscó resolver todos los problemas de su tiempo e indudablemente tampoco intentó hacer abstracción de ellos. Buscó sobre todo encontrar una manera de comprenderlos. Por eso, la palabra “antídoto” no significa aquí un remedio, una solución, sino una luz para comprender.

La Regla no da, pues, una solución fácil y simplista; ella no favorece la evasión, sino que da sobre todo la actitud necesaria para reducir la complejidad de la vida a una visión clara. La Regla no elimina los problemas ni los esconde, antes bien nos enseña cómo podemos llegar al punto donde nos será posible comprenderlos mejor en su dimensión propia y en el interior de la historia de la salvación. En su tiempo, la Regla ayudó a los monjes y también a los laicos a encontrar un equilibrio espiritual y humano en medio de acontecimientos tan espantosos y terribles, por su amplitud, como los de nuestros días.

Cuando leemos las vidas de tantos monjes que han vivido después de san Benito nos quedamos maravillados ante la simplicidad que ellos supieron conservar durante períodos confusos e ininteligibles. Sí, existe una simplicidad monástica que no debe ser confundida con la inmadurez y la ingenuidad. Esta simplicidad, que es la espiritualidad de la Regla, puede ser descrita en pocas palabras diciendo que es una actitud fundamental que busca verlo todo en la perspectiva divina. Hablar de “sub specie aeternitatis” parece hoy demasiado idealista y utópico. El monje, sin embargo, busca verlo todo desde el punto de vista de Dios, no desde el punto de vista del hombre. Todo su día, hecho de oración, meditación, trabajo, debería ayudarlo a comprender todos los acontecimientos a la luz del Evangelio, es decir, como un aspecto del designio divino sobre el hombre, que ha sido revelado en Cristo. Así, el monje puede ver los acontecimientos desde un ángulo particular que le ayuda a centrar toda realidad. Su estilo de vida le permite evaluar cada cosa bajo una visión diferente; el Evangelio y la persona misma de Cristo jamás están distantes de su visión de las cosas. Su vida se inserta en la vida de Cristo, su vida se embebe del designio de salvación, de la misión de Cristo. La simplicidad proviene, por tanto, de la persona de Cristo y de la relación continua que el monje tiene con Cristo, centro de su vida, con Cristo, histórico y actual, divino y humano. Un monje es nada si no sabe vivir

¹ Traducido de *Présence d'En-Calcat*, julio de 1974.

cotidianamente en Cristo; no lleva frutos si no es en y por Cristo. Por esta razón la presencia de Cristo en su vida es su ángulo de visión de las cosas, el origen de su simplicidad.

Además, al decir que la simplicidad del monje no es ingenuidad he querido hacer alusión al hecho de que el ángulo de visión no cambia los objetos sino que da la posibilidad de verlos de una manera diferente. Es por ello que la simplicidad monástica, para no tornarse simplista, debe incluir siempre un elemento de misterio. Dios se revela gradualmente y de la manera que quiere. El misterio de su Providencia no se agota jamás. En lugar de buscar simplificar la complejidad por medio de falsas soluciones, el monje es feliz de dejar al misterio todo el espacio que le pertenece a fin de que permanezca intacto, conservando ante su mirada la presencia divina. Por eso la Regla de san Benito está llena de la presencia de Cristo. Resolverlo todo en la perspectiva del misterio de la cruz y de la resurrección de Cristo es el secreto de la simplicidad monástica.

San Pablo, especialmente en sus cartas a los corintios, enfrenta el mismo problema procediendo de otra manera pero llegando a los mismos resultados. Frente al pluralismo de dones en la Iglesia, él ve el centro de la unidad en la caridad, en una caridad que jamás pierde su referencia a Cristo, como el medio más eficaz para alabar a Dios y darle gloria. Además, san Pablo ve a Cristo como centro de nuestro ser y de nuestro obrar. Nosotros Podemos dar gloria a Dios sólo por Cristo. Es por ello que la simplicidad se aviene con la pluralidad de los dones del ministerio sin temor de concurrencia y sin vestigio de temor, porque todo encuentra su justo fin en Cristo Jesús.

En una comunidad monástica viven -y bien lo sabe san Benito- personalidades diversas: sólo en Cristo es posible encontrar una unidad a tantos elementos desemejantes. Auscultando las cartas de san Pablo aprendemos que todas las diversidad en el interior de la Iglesia, y *a fortiori*, en el interior de la comunidad monástica, deben encontrar su unidad en Cristo.

Podemos ciertamente añadir que para la tradición monástica toda complejidad y diversidad, discordancia y disonancia, siempre presentes en los acontecimientos de este mundo, pueden hallar su punto de encuentro y de unidad en Cristo.

La simplicidad monástica no será entonces ni ingenuidad, fruto de la ignorancia, ni actitud infantil. Será, sobre todo, una participación más plena en el misterio de Cristo; será un modo de unión más íntimo con Cristo y con su misión entre los hombres; será así una participación más íntima en los acontecimientos de este mundo.

Uniéndose al Cristo histórico y actual, divino y humano, el monje, en lugar de evadirse del mundo, vivirá en él de un modo más íntimo y completo, participando más plenamente en los misterios divinos revelados por el Padre en su Hijo.

¡Que san Benito nos enseñe a permanecer fieles a este compromiso!